

El Dr. Gustavo Michaud

CON el pensamiento rebotante de una tristeza plácida, medito en esta vida cuyas líneas armoniosas se destacan fuertes, sin vacilaciones, sobre el fondo de la muerte. ¿Cómo no sentir un noble placer, si fué un conjunto hermoso, si en todas las actividades que tomó en su carrera, nunca la torpeza contorciónó su espíritu?

Es la idea de que nunca lo volveremos a ver y el recuerdo de las ingratitudes que los hombres exprimieron en su copa, lo que pone una sombra en este sereno sentimiento.

Las lágrimas que por su muerte se derraman no tienen sabor amargo, y al descender se confunden en los labios con la sonrisa de infinita ternura que sube del corazón al recordarlo.

Los adjetivos noble, sabio, bueno, adquieren al contacto de su memoria el verdadero sentido que los creara. Y uno siente que no los coloca sobre su nombre para darle relieve, sino que brotan de él como las rosas en un rosal sin espinas.

Nunca oí su voz ni estreché su mano, y sin embargo quiero la vida de este hombre como no puedo querer la de muchas gentes con quienes tengo que ver todos los días; siempre busqué detalles de su modo de proceder y jamás me dieron uno que no fuera un hilo luminoso.

No es esta la hora de ir tras su recuerdo con lamentaciones y loanzas al estilo de las plañideras antiguas en torno de cualquier cadáver. ¿A qué abrumar su nombre con calificativos y epítetos, si con esto no hacemos más que cubrir lo que desnudo es tan hermoso?

No es el adjetivo—palabra fabricada por las apariencias para satisfacer sus intereses—el que puede responder a mi anhelo de expresión cuando pienso en la existencia de este varón; que no fué la suya servidora de apariencias, sino de hechos. A lo largo de ella la acción va y viene sin descanso, fecunda, enérgica, silenciosa. El verbo Hacer y el verbo Amar la llenaron y juntos forman la armonía que el oído atento percibiera siempre al pasar a su lado. *Hacer amando* parece haber sido su lema.

Por eso quiero que esta página que hoy escribo en su homenaje ponga de manifiesto hechos suyos y no sea un pretexto para mis literaturas.

Profunda huella deja en la ciencia este investigador enamorado de la obra de Dios. No le es dado a mi ignorancia el juzgarla, pero la opinión del Dr. Cl. Picado T. me guía en el ejemplo que escojo para citar:



Dr. GUSTAVO MICHAUD

Se trata de la confirmación de una hipótesis científica del Dr. Michaud a la cual el doctor Picado T. dedica un artículo publicado en el número 20 del tomo 4º del REPERTORIO AMERICANO. El afán que impulsó a su autor a escribirlo parece hallarse interpretado por el Editor de la revista en la introducción, que es oportuno reproducir aquí:

«Este artículo será una sorpresa para el Dr. Michaud. Hemos querido dársela a él y al país. Hemos visto ya deteriorado el original en francés de la interesante carta. El descubrimiento del Doctor es tanto más meritorio, cuanto que hace cuatro años no se conocían aun las cualidades terapéuticas del bismuto en la sífilis. Si aquí realmente la ciencia fuera una preocupación civilizada, estaríamos atentos a lo que dicen y hacen hombres del calibre intelectual del Dr. Michaud. Pero no, los afanes del dinero y los de la política nos tienen tan atareados que apenas si nos damos cuenta de que entre nosotros viven hombres de virtudes y de luces. Y en la ciencia como preocupación civilizada hay honor, y los rendimientos monetarios que tanto nos desvelan. Habiéndonos adelantado cuatro años, el descubrimiento francés lo habría sido de Costa Rica, algo muy bueno, y los beneficios de los medicamentos patentados y eficaces habrían sido para el médico costarricense, o corporación que hubiera tomado en serio el descubrimiento del Doctor. Pero así vamos». Hasta aquí la introducción.

Después el Sr. Picado T. habla en su artículo de una carta que le enviara el Dr. Michaud, en la cual le invita a ensayar el vanadato de sodio contra

la fiebre intermitente, la lepra y el cáncer, Termina la carta así:

«He pensado que tal vez Ud. encontraría en el hospital un médico dispuesto a hacer estos ensayos. Si Ud. cree como yo, y Ud. encuentra al médico, recomiendo comenzar con prudencia por muy pequeñas dosis, pues si se ha empleado el vanadato de sodio, en dosis de un miligramo en 24 horas, nada sé del vanadato de amonio. De cualquier manera, no es sino buscando pacientemente como se llegará a encontrar agentes que como el arsénico y el mercurio, sean más venenosos para ciertos microbios que para las células de nuestro organismo».

Años después encuentra el Sr. Picado T. en *Les Comptes Rendus de la Société de Biologie de Paris*, una nota que trata de *el vanadio en la sífilis experimental del conejo y en la sífilis humana*. Es la misma hipótesis formulada por el Dr. Michaud cuatro años antes. El Sr. Picado hace este comentario: «Para el Dr. Michaud queda el honor de haber expuesto la teoría antes que nadie. Le queda el placer de ver pasar su idea victoriosa por el camino que le trazaron los sabios de París, de reputación mundial».

Otro aspecto suyo es el de profesor. Como observa y estudia siempre con amor, con curiosidad fresca de niño, palpitando en las antenas de su pensamiento, sabe ser educador en toda la amplitud del vocablo. No es dogmático, porque la duda fecunda pone siempre su interrogación ante la profunda mirada de sus bondadosos ojos. No discute métodos, emplea el que le ha servido para sí mismo: la experimentación amorosa y paciente y las lecturas interesantes. Cuando da la lección, sus palabras no revolotean en el vacío, ni funambulean en una cuerda para delumbrar espectadores simples, sino que descansan en hechos. No construye en la onda voluble ni en la arena de la divagación: construye en la tierra firme del experimento. Su actitud en la enseñanza no es la de un domine pedante, sino la de un estudiante siempre joven, inclinado con humildad ante lo que la Naturaleza y el libro le enseñan. El escribió una vez:

«Quien se queda satisfecho con los conocimientos adquiridos en la escuela se queda atrás. Quien quiere progresar tiene que estudiar durante toda la vida. Se ha dicho frecuentemente que la escuela debe preparar para la vida práctica; sí, pero bajo una condición: es que la vida práctica entera no sea más que una preparación para la escuela. En mi concepto el estudio debe

ser ante todo, no un medio sino un fin. Adelantar, desarrollarse, irse para arriba, en eso yace el objeto supremo de la vida humana. Me ha parecido algunas veces que la escuela moderna, tanto la primaria como la secundaria, en Europa como en América, pierde de vista este objeto, la necesidad imperiosa del estudio después de las aulas, y se considera como suficiente en sí, en lugar de considerarse como un simple prólogo al Libro de los Conocimientos. Los alumnos que de ella salen no me parecen tener siempre por ideal: saber, y saber hoy más que ayer».

Ama el libro, pero aquel cuya lectura enaltece y ensancha el campo de visión espiritual.

En un artículo suyo dedicado al libro y que se publicó hace unos años en el REPERTORIO AMERICANO, (1) y que le valiera al editor una felicitación de Eugenio D'Ors—titulado con aquellas palabras dichas por una voz misteriosa a San Agustín en uno de los momentos de álgida inquietud que precedieron a su conversión: *Tolle, Lege*—dice algo que me ha quedado resonando desde entonces:

«La Biblioteca de un colegio de segunda enseñanza o de una escuela primaria tiene que ser una biblioteca circulante. Cada alumno, cada profesor, debe tener el derecho de llevarse para su casa a lo menos un libro a la vez y de guardarlo a lo menos una semana. Algunas personas hacen objeciones a la circulación de los libros, basándose en el peligro que corren éstos de ser deteriorados, perdidos, o robados. Tal objeción proviene de una concepción respetable pero errónea del libro y de su objeto. Hasta mitad del siglo XIX, una biblioteca era considerada como una colección de libros, los cuales debían guardarse tan celosamente como las antigüedades de un museo nacional. La idea que me hago de una biblioteca escolar, es algo diferente; veo en ella únicamente un foco de luz. *Los libros sirven únicamente si son leídos. Los libros útiles son útiles exactamente en proporción del número de personas que los leen. Libros que quedan siempre sobre un estante, aunque sean libros excelentes, son más nocivos que útiles pues ocupan espacio, exigen cuidados y no dan nada en compensación. En el caso de los libros como el de los hombres, servir y perecer es mil veces preferible a vivir y ser inútil. ¿Dónde está el General que rehúsa librar batalla porque algunos de sus soldados bien pudieran resultar heridos o muertos?»*

El escritor dejó páginas hermosas en los álbumes de sus discípulas románticas. ¿Algún quisiera recogerlas?

Me dicen que de joven escribió una novela en francés que deseo mucho conocer.

Y cuando uno se asoma al mundo de afectos íntimos, donde guardó las imágenes de la esposa, de los hijos, de los amigos, cree estar ante algo tan delicado como la corola de la flor.

Sus maneras fueron dulces, sencillas y a todos, grandes y pequeños,

trató con gentileza. La gentileza fue un hábito de su inteligencia.

Hermosa unidad la que resulta de estos diversos aspectos y que no destruye la muerte. Sobre su misterio y su silencio, brilla como una estrella sobre el cielo de la noche.

CARMEN LIRA

Julio de 1924.

REVISANDO PAPELES VIEJOS

Herbert Spencer y sus paisanos

El gran filósofo ha muerto el 9. (Dic. de 1903), a la edad de 83 años largos, ha muerto aquí (Brighton), en la casa que ocupaba desde algunos años atrás, a la orilla del mar, en la parte oriental de la ciudad (Kemp-Town). Lo han enterrado hoy, quiero decir, muy de mañana han transpor-

no tenía más parientes cercanos que unos primos, en Alemania—han sabido impedir que se hiciera algo parecido con el gran filósofo, abriéndole las puertas del panteón inglés. Se han ajustado estrictamente a la voluntad que el mismo Spencer había expresado: el cuerpo será incinerado; nada de flores; nada de duelo.

De este modo ya puedes tú imaginar el vacío que la «gran prensa» y la alta canalla han hecho alrededor de este muerto. Se ignora quién es. Llegado aquí, veo las banderas flotando a media asta en las torrecillas del muelle y en las estaciones de los guardacostas. Al día siguiente los omnibus estaban cubiertos de crespón negro. «Sin embargo, se piensa en Spencer», me decía yo. Se le conoce en Brighton. Al otro día todo esto desapareció y supe que se había hecho una manifestación de duelo, porque ese día se enterraba a un Consejero Municipal. En cuanto al filósofo que había vivido diez años en Brighton, nadie había pensado en él allí. El 9, después del medio día, nadie sabía si él vivía o no aún y ha sido yendo a su casa como supe que había muerto a las 4.45 de la mañana. Inglaterra no conoce a Spencer. Le conocemos muchísimo mejor en Francia, en Rusia, en España.

PEDRO KROPOTKINE

(Les Temps Nouveaux, París).

El número próximo del "Repertorio Americano", será un homenaje a EMILIO ZOLA.

SUMARIO:

Emilio Zola, por Leopoldo Lugones.
Zola, por Augusto Thompson.
Notas sobre Zola, por Alberto Gerchunoff.
Releyendo a Emile Zola, por Eugenio D'Ors.
Las mujeres de Zola, por Enrique Gómez Carrillo.
En la muerte de Zola, por Carlos Arturo Torres.

Busque ese número; ¡valdrá la pena!



SPENCER

tado su cuerpo al nuevo crematorio de Londres, para ser incinerado. Sus cenizas serán enterradas enseguida en el cementerio de Highgate.

Por supuesto, ninguna ceremonia religiosa. Los creyentes, siempre amigos del tráfico, trataron de apoderarse del cadáver de Spencer, a fin de conducirlo a la abadía de Westminster, el Panteón Nacional. Esto fue lo que lograron hacer con Darwin.

A propósito de esto, hay algo que comúnmente no se conoce, y es que publicaron también, trunca, en la *Nature* la carta irreligiosa, que como respuesta, Darwin había escrito a un estudiante alemán y en la cual él decía que de ningún modo creía en las tradiciones hebraicas que constituyen lo que llaman «la revelación». Este pasaje comprometedor lo suprimieron de la carta.

Por dicha los amigos de Spencer—

(1) Véase el N.º 2 del tomo 1.